



### ACTO TERCERO.

Sala en casa de Filomena. Dos pequeñas mesas de tapete verde con cartas, dados, juegos de damas, dominó, etc. Una mesa redonda, al otro lado, con copas y botellas de vino. Se oye de cuando en cuando la música de un baile, y se ven convidados de ambos sexos que atraviesan por el fondo, con antifaces unos, y otros sin ellos.

#### ESCENA PRIMERA.

**ERNESTO** y cuatro caballeros, vaciando sus copas, sentados unos y otros de pie.

**ERNESTO.** Dificilmente le veremos aquí. Parecióme esta mañana que se destacaba su semblante sobre el fondo obscuro del cupé que se lo llevaba, parecióme, digo, un tanto pálido y envejecido... ya se ve, han trascurrido dos años... ¡cáscaras!... cuando se ha pasado ya de los cuarenta, la pícara vejez bien que dibuja..... que la pata de gallo se pronuncia, se ahonda, se detalla: que el párpado superior se abulta, que esa arruga que en la frente

nos procuramos cuando jóvenes, á pesar nuestro más tarde se acentúa... que la piel del cuello, floja, se cabalga sobre el borde luciente y almidonado de nuestra camisa; que algunos hilos de aflagranada plata se van apareciendo en el bigote... Pues todo eso, todo eso ví en el rostro de nuestro querido amigo Federico, el mejor compañero de armas que tuvimos. Tan raro, tan original, tan caprichoso, y con tan buen instinto y con tan buen talento... ¡Y con tan buen instinto, y con tan buen talento, casóse! Si yo encontrara una rica.....

CABAL. 1º ¡Pues no la has encontrado! ¡Y Juanita de Rojas!

ERNESTO. ¡Quiá!... dos millones.....

CABAL. 2º ¡Y es poco!

ERNESTO. Es claro.

CABAL. 2º ¡Y Elvira!

ERNESTO. ¡La hija del banquero! ¡Toma!..... un poco más y eso es todo... No, no, yo necesito algo fabuloso, algo..... así como una creacion de Alejandro Dumas..... Una condesa de Montecristo..... Pero este Federico..... pues si se descuida, me cuelo por el zaguan de su casa y hasta que me tope de narices con él.

ESCENA II.

Dichos, FILOMENA.

ERNESTO. Ah! Filomena.....

FILOMENA. Caballeros, buenas noches. ¿Y nuestro prófugo?

ERNESTO. Aún no viene..... ni vendrá..... ¡Cáscaras y cuánto lo siento!

FILOMENA. ¡Y yo!

ERNESTO. Será como ya es casado.....

FILOMENA. Y qué importa eso, ¿esta casa es acaso una mala casa?

ERNESTO. ¡Oh! no tal.

FILOMENA. ¿Se deshonra quien viene á ella?

ERNESTO. Eso no, de ninguna manera; (*aparte* pero tampoco se honra.

FILOMENA. ¿Qué ha murmurado vd. entre dientes?

ERNESTO. Nada.... pienso que, y eso aquí para nosotros, pienso que, digo, aquí hay un poco de libertad.... no, no precisamente de libertad, de ligereza; eso es, de ligereza.....

FILOMENA. Como en todas partes.... como en todos los bailes, aun en esos que se dan en la corte, entre la sociedad escogida, ¿se atreverá vd. á negarlo?

ERNESTO. A negarlo precisamente, no, porque yo nada niego..... porque todo lo creo..... porque todo es posible Filomena. Aquí en esta casa reina la

alegría y el contento y, vamos, se goza como en todas partes, tiene vd. razón, pero el mundo es así.... de que señala con el dedo.....

FILOMENA. Eso.... la fama, la mala fama; la calumnia.....

ERNESTO. ¡Cáscaras....! ¡pues no es nada! el dedo de la calumnia es un dedo terrible.....

FILOMENA. ¡Terrible....!

ERNESTO. Pues eso es todo: justo ó injusto cuando señala, señala; y lo bueno para que lo sea, tiene que serlo; y además de serlo, parecerlo, esto es muy viejo; pues bien, esta casa está señalada.

FILOMENA. Malamente.

ERNESTO. Pero está. Y un hombre que se ha metido á sério, que ocupa sitio eminente en el mundo político y social, no digo que se desdore viniendo á estas reuniones; pero las rehusa, ó mejor dicho, las rehuye por conveniencia. ¿Me ha entendido vd. ya, Filomenita?

FILOMENA. Sí, sí.... he creído comprender; creo que le comprendo á vd. Ni que fuera yo tan escasa, vamos! ¡Hola! comienza un vals,

ERNESTO. Y yo tengo con quien bailarlo, con Margarita. Este era el reservado para Federico.

CAB. 1.º Y yo lo mismo, tengo compañera.

CAB. 2.º Y yo....

CAB. 3.º Y yo.

CAB. 4.º Y yo también.

FILOMENA. ¡Y todos! Idos, idos.... á divertir.... Y yo á mirar cómo os divertís, señores!

### ESCENA III.

FEDERICO y GABRIELA entran por el lado contrario al que todos se fueron.

FEDERICO. Aquí esperará vd., en este sitio, señora.

GABRIELA. ¡Ah! por favor no me dejes sola.

FEDERICO. Así es preciso.

GABRIELA. Está bien.

### ESCENA IV.

GABRIELA sola.

¡Qué es, Dios mío, lo que he hecho! ¡qué ha pasado por mí en unos cuantos momentos! Antes era el dolor de la culpa, ahora es el remordimiento de la falta. ¡Yo contaba para defenderme de ese hombre con mi deber, con mi posición, con mi energía! ¡No contaba con mi amor para rendirme! ¡Ah! ¡tía, de mi alma, ni tú contabas con él! ¿Pero qué lugar es este? ¿Qué entrada tan estrecha, tan lúgubre, tan

sombria, la entrada de esta casa! Esa música llega á mis oídos tristísima; y quiere Federico que yo baile.... Y luego aquellas entrecortadas frases que se escapaban de sus labios... El instinto, el instinto del mal, decía... no será mala la escuela! ¿qué escuela?... Vienen; ¿quién vendrá? *(Se deja caer en un sillón y se cubre el rostro con las manos á pesar del antifaz.)*

ESCENA V.

FEDERICO, ERNESTO, GABRIELA.

- ERNESTO. Pues chico, ya lo ves, ni aquí estamos solos..... mira *(Señalando á Gabriela.)*
- FEDERICO. Ah! no hagas caso, esa mujer que ves allí es una joven bella, muy bella, de incomparable belleza; pero es sorda.
- ERNESTO. ¿Sorda?
- FEDERICO. Como una tapia.
- GABRIELA. *(Aparte.)* ¿Qué dice?
- ERNESTO. ¿Deveras? Pobrecilla! ¿y tú la conoces?
- FEDERICO. Algo..... sí.
- ERNESTO. Y ¿á quién aguarda?
- FEDERICO. A Filomena.
- ERNESTO. De manera que podemos hablar.....
- FEDERICO. De todo..... Sentémonos.
- ERNESTO. Sí, llenemos nuestras copas y hable-

mos, despues de dos años de mutismo. *(Se sientan, cada uno con su copa.)*

FEDERICO. Hablemos.

ERNESTO. (Conque te casaste?

FEDERICO. Sí..... me casé; ¿qué querías que hiciese? El que deveras se enamora y puede casarse, se casa; eso es lo natural, eso es lo lógico..... Es verdad que vivía yo hastiado de la soledad, del abandono, me parecían los días muy largos, las noches interminables.

ERNESTO. Entónces, la reflexion, la necesidad...

FEDERICO. Ah, no! Ojalá! ¡Ojalá que la reflexion y la necesidad me hubieran obligado á casarme....! ¡Hoy no me consideraría tan desdichado!

ERNESTO. Desdichado, chico, ¿y por qué? ¿Ya ves? Eso sí que no me gusta, y me contraría....

FEDERICO. Lo creo, Ernesto; siempre has tenido buen corazon, y siempre cupo en tu alma el puro y legítimo sentimiento de la amistad.

ERNESTO. Y bien ¿por qué eres desdichado?

FEDERICO. Porque me casé adorando á la mujer que en suerte me había tocado para que fuese la compañera de mi vida, y cuando más enamorado estaba de ella, cuando mi idolatría rayaba en

- frenesí, una noche, al comenzar de una noche; súbita, terrible, implacable, llegó la muerte á su lado, y arrebatómela, Ernesto.
- ERNESTO. Ah!
- FEDERICO. Sí....
- ERNESTO. ¿Conque eres viudo?
- FEDERICO. Así es.
- ERNESTO. ¿Y amabas mucho á tu esposa?
- FEDERICO. Sí, mucho!
- ERNESTO. ¿Y siempre lo mismo?
- FEDERICO. Más cada día.
- ERNESTO. ¿Deveras; hombre?
- FEDERICO. Deveras.
- ERNESTO. Pero, ¿no te aburríste de ella?
- FEDERICO. Nunca, ni un minuto.
- ERNESTO. Pues mira, chico, hé ahí una cosa que que yo no he podido comprender jamás. Y hasta hoy lo creo porque te conozco y sé que no engañas. Porque yo, que creo en todo, no he podido, en la vida, creer que un marido no se cansara de su mujer.... Bien que viste tan poco tiempo á su lado!
- FEDERICO. Así hubiera sido un siglo.... Era tan bella, tan sencilla.... y era, hasta el momento en que murió, tan humilde y bondadosa!.... Pero, oye tú, ¿creerás que desde esta misma tarde he quedado consolado?
- ERNESTO. Ah! yo te daré un remedio para con-

- solarte, yo encontraré un lenitivo á tus dolores. ¿Y qué es pues ello?
- FEDERICO. ¿Qué? Que al lado de mi desgracia he visto levantarse esta tarde una desgracia mayor!
- ERNESTO. ¡Mayor!
- FEDERICO. Mayor, sí, mucho mayor que la mía! Tengo un amigo íntimo, muy íntimo..... tú no le conoces porque esta amistad la hice en mis viajes; casado era como yo.
- ERNESTO. Pues qué, ¿ha muerto?
- FEDERICO. No, que eso mejor hubiera sido; digo que era casado, porque ya no lo es:
- ERNESTO. Ah! comprendo, murió su esposa.
- FEDERICO. No, tampoco, que eso mejor también hubiera sido.
- ERNESTO. Entonces....
- FEDERICO. Sucedió que, lo mismo que me había acontecido, súbita, traidora, encubierta... lo mismo que la muerte se acercó al lado de mi esposa para arrebatármela, la deshonra se acercó al lado de la esposa de mi amigo para llevársela.
- ERNESTO. Pero ¿la sorprendió?
- FEDERICO. Allí mismo.
- ERNESTO. ¿Con su amante?
- FEDERICO. Con su amante. Era el momento en que salían juntos de la misma cámara nupcial.... y el marido, mi amigo,

sintió en aquel momento lo que de seguro experimentó Satanás, cuando en aquel terrible instante cayó arrojado por Dios del cielo á los infernos.

ERNESTO. Mataría á la infiel esposa, como Ricardito.

FEDERICO. No.

ERNESTO. Mataría al amante.

FEDERICO. No, tampoco. Si hubiera tenido un arma en aquel momento, sí, probablemente habría matado á los dos, pero mi amigo iba á un baile.... Pero mira, mira lo que Dios hace, Ernesto, si mi amigo hubiera matado á su mujer ésta sería la hora en que de seguro viviría arrepentido.... desesperado.

ERNESTO. ¿Y porqué?

FEDERICO. Porque le conozco mucho, miraría eternamente delante de sus ojos aquel bello fantasma, el ideal de sus sueños, su amor, su encanto, su gloria, su alegría, su embeleso, su Gabriela....

GABRIELA. (*Levantándose y con voz suplicante á Federico.*) Señor, y esa señora á quien espero....

FEDERICO. (*Acercándose á ella y con acento dulce pero irónico.*) Espere vd. todavía. Todavía tiene vd. que esperar más.

ERNESTO. (*A Federico:*) Si quieres llamaré á Filomena

FEDERICO. No, que espere; si al fin nada oye. Y qué habría conseguido mi amigo con matar á la adúltera esposa?

GABRIELA. No, eso no, Dios mío.

FEDERICO. A la infame que voluntariamente se entregó en brazos de su amante.

GABRIELA. [*Aparte.*] No!

FEDERICO. Cuando pocos momentos ántes había jurado á su esposo fidelidad y amor, ¿la mataba para lavar con sangre la mancha de su deshonra? Ay! Aquella sangre, filtrando gota á gota por entre las grietas de aquel sepulcro cerrado, volvería al evaporarse, á llevar en sus átomos dilatados en la atmósfera, el recuerdo vivo de la deshonra.... Todo el mundo seguiría respirando de aquel aire impuro y corrompido. ¿La mataba para satifacer su venganza? ¿Y qué satisfacción es esa de sentir junto con el vacío del amor, la rabia de la impotencia? ¿En cual sitio, en cual entraña de aquel cadáver, descompuesto y horrible iba á buscar su amor para tomarlo por las alas y escondersélo en el pecho? ¿La mataba para castigarla? ¿Y qué castigo es la muerte, cuando es la paz y la dicha? ¿Qué castigo es dormir, cuando si no hubiera noches, y no existiera el sueño, no habría con-

suelo ni descanso para la humanidad sobre la tierra! Y si ese sueño temporal y pasajero, tanto acaricia y halaga, ¡qué dulce y qué tranquilo no será, Ernesto amigo, el sueño eterno! . . . Y ¿me preguntarás qué hizo mi amigo?

ERNESTO. Sí ¿qué hizo?

FEDERICO. Lo que debía hacer. Llevarla á un sitio donde sin temores ni zozobras pudiera dar, en adelante, rienda suelta á sus instintos. Sacarla de aquella casa cuyas pareces sólo debían dar abrigo á la ventura y á la felicidad; aquella casa construida para el amor como el nido de las aves. La llevó á un sitio donde pudiera ver á su amante, sin necesidad de llevar cuenta del tiempo; donde sin preocuparse del pasado ni del porvenir, se entregase al deleite y á la satisfaccion de sus placeres. . . Eso. . . ¿Con qué objeto? Si ella no lo sabe, ella lo sabrá despues. . . Si tú no te lo imaginas, despues, Ernesto, lo sabrás tambien. Ernesto, hazme favor de ir en busca de Filomena, porque esta señora se cansa ya de esperar, y á fé que tiene razon.

ERNESTO. Voy. . . . ¡Y qué bella es!

FEDERICO. Mucho, muy bella.

ESCENA VI.

FEDERICO Y GABRIELA.

GABRIELA. Señor, señor por piedad. . . .! que el grito de mi desesperacion penetre en el alma de vd., que mi llanto ablande su pecho! Sáqueme vd. de esta casa.

FEDERICO. ¿Y por qué?

GABRIELA. No sé dónde estoy.

FEDERICO. ¿No lo ha escuchado vd?

GABRIELA. Sí, pero no lo puedo creer aún, me resisto á creer eso. Vd. señor, me considera más culpable de lo que soy. Oigame vd., escuchéme vd. . . le juro á vd. . . . .

FEDERICO. (*Indignado.*) ¡Silencio, señora, no jure vd. nada! Ahora ¿oye vd? la música armoniosa de un wals. . . . . ahora á bailar. . . á reir. . . . . á gozar; yo tambien gozaré. Es lo mismo; la dicha está donde la sentimos, ¿no es cierto? ¿Qué importa el sitio? Allá en aquella casa cuyo umbral no volverá á traspasar la planta de vd., el Paraíso. . . allí tambien se gozaba. Aquí, donde va vd. á vivir en adelante, el pantano. . . . Aquí tambien se goza! Tanto goza el pájaro volando en las alturas, y bañando se plumaje en la esplendorosa luz del sol del día; como el gusano en el lodo, á la som-

bra ingrata de la ortiga. Ah! desengáñese vd. . . . esto, que tanto le atormenta hoy, mañana será su delicia. Esto es lo mismo que bajar una escalera á oscuras; cogido el primer pedáneo, ya cogimos los demás. ¡Silencio, que ya vienen! ¡Silencio, le digo á vd!

ESCENA VII.

FEDERICO.---GABRIELA.---ERNESTO.---

FILOMENA.

FILOMENA. Aquí estoy, aquí estoy. Perdone vd. señorita, si la hice esperar tanto.

FEDERICO. (*Presentándola.*)—La señorita Lucrecia.

GABRIELA. (*Con indignacion.*) ¿Lucrecia?

FEDERICO. (*Aparte á Gabriela.*) Así se llama vd. La señora Filomena. [*Presentándola á Gabriela.*]

FILOMENA. (*Con despejo pero sin mucha desenvoltura.*) Servidora de vd. . . . Esta es su casa. . . . Me han dicho que ha tenido vd. en días pasados un gran pesar. . . . un desengaño! ¿Y qué? No haga vd. caso: diviértase vd. distráigase vd. ¡Poco más ó menos, todas hemos tenido penas en este mundo! ¡Valor! Es preciso echárselo todo á las espaldas. ¡Va vd. á encontrar aquí amigas tan alegres, tan jo-

viales! Ellas le enseñarán á vd. á reír de las descepciones que da la vida. De eso se compone la vida; ¡pero qué! Una amistad que se pierde, se gana con otra amistad; un amor que se va se consuela con otro que nunca tarda en llegar; sobre todo si se busca bien. ¿Qué bella es esta señorita? ¿No es verdad, Ernesto? Va á ser esta noche la reina de la fiesta, y tendré para el próximo baile, que echar abajo un tabique, porque estoy segura que se duplicará mi concurrencia. Pero yo me lo estoy hablando todo, y no hay que perder los instantes. ¡Ea! . . . A bailar hermosa y sin rival Lucrecia! Venga vd. ¡Baile vd. con ella, Ernesto!

ERNESTO. Con mucho gusto; bailaremos este vals, señorita; tenga vd. la bondad de aceptar mi brazo.

GABRIELA. [*Retrocediendo.*] ¿Yo, señor?

FEDERICO. (*Aparte á Gabriela.*) Vaya vd.

ERNESTO. (*Tomando el brazo á Gabriela y llevándola casi arrastrada.*) Cáscaras; ¡y qué hermosa! ¡Lástima grande que sea sorda. (*Aparte á Federico al pasar á su lado.*)

ESCENA VIII.

FEDERICO, despues ANSELMO.

FEDERICO. (*Viéndola alejarse.*) ¡Lástima que se